

JOSÉ VASCONCELOS. *LA OTRA RAZA CÓSMICA*. TRAD. Y NOTA DE HERIBERTO YÉPEZ. PRÓL. LEONARDO DA JANDRA, MÉXICO: ALMADÍA, 2010.

En *La otra raza cósmica* se presentan al público hispanohablante las conferencias dictadas en inglés por José Vasconcelos, en el marco de un ciclo de disertaciones organizadas por la Fundación Harrison, de la Universidad de Chicago y publicadas en 1926, un año después de que apareciera su obra *La raza cósmica* (1925). Estas presentaciones, tituladas “The Latin American basis of Mexican civilization”, se encuentran en el libro *Aspects of Mexican Civilization*, el cual reúne también escritos de Manuel Gamio, quien participó en el ciclo al igual que Vasconcelos.

Heriberto Yépez, traductor de estas disertaciones, nos presenta los tres ensayos que las conforman (Almadía, 2010): “Similitud y contraste”, “La democracia en América Latina” y “El problema racial en Latinoamérica”.

Cabe mencionar que antes de la publicación de *La otra raza cósmica*, los escritos ya habían sido traducidos por Luis Barrón, en la revista *Istor* (número 25, verano de 2006), con el título “El evangelio del mestizo”; sin embargo, en dicha publicación sólo aparece un fragmento de las conferencias que corresponde al apartado titulado por Yépez como “El problema racial en Latinoamérica”.

La llegada de José Vasconcelos a la Universidad de Chicago se debe a circunstancias determinadas: en 1924, se postuló para gobernador de Oaxaca pero, tras perder las elecciones, decidió salir del país; así, a comienzos de 1925 viajó por España, Italia y París. En esta última ciudad fue invitado como conferencista para hablar sobre educación en la Universidad de Puerto Rico; ahí recibió otra invitación, esta vez de Elena Landázuri (su amiga en la Secretaría de Educación de México), quien lo invitó a participar en el ciclo de conferencias dedicadas a México que la Universidad de Chicago estaba próxima a realizar. Al terminar sus disertaciones, un grupo de académicos le pidió ser profesor visitante; así, en el otoño de 1926, impartió el curso de Sociología Hispanoamericana en el Departamento de Historia; en la primavera de 1928 fue contratado de nuevo.

En 1925, Vasconcelos publicó su obra cumbre: *La raza cósmica*, en la que postula el ideal de que los pueblos latinos están destinados a crear un nuevo tipo humano que dominará en el futuro, debido en gran parte a su mestizaje. De acuerdo con esta idea, debido a la conquista de Latinoamérica por parte de los españoles, al indio se le otorgó la posibilidad de mezclarse con el europeo. En cambio, los ingleses, quienes

conquistaron el norte de América, impusieron la raza blanca, mediante el exterminio de los indios que habitaban aquellas tierras. Así, la mentalidad inyectada por sus padres ingleses hace que los americanos anglosajones sean incapaces de mezclarse, pues pretenden perpetuarse como una raza pura.

Heriberto Yépez, en la nota del traductor, apunta que las conferencias dictadas por Vasconcelos en Chicago demuestran una empatía abierta hacia Estados Unidos (20), opinión que, en cierta forma, se contrapone al ideal del autor, puesto que éste nunca los excluyó en la formación de una quinta raza, pero tampoco habló de una síntesis sajón-latino, como parece sugerir Yépez: “Vasconcelos, en lo hondo, se sabía una síntesis de lo latinoamericano y lo norteamericano” (23).

De acuerdo con Yépez, *La raza cósmica* y los escritos de Chicago son exposiciones discrepantes con notables variedades (20), afirmación que debería juzgarse a partir de las circunstancias que las rodean. En éstas vemos a un Vasconcelos intentando encontrar el punto medio para no confrontarse con sus anfitriones; sin embargo, no apuesta por la raza anglosajona como símbolo de una nueva humanidad, pues él se centra en América Latina y en el mestizaje. Si incluye a esta raza en su discurso, lo hace sólo como medio para hablar de la superioridad latina, mediante una apología del mestizaje y justificando frente a los sajones el lento proceso del mestizo, aun no madurado del todo.

Si bien, en las disertaciones de Chicago no se habla de un reemplazo de la cultura anglosajona por una completamente latinoamericana, tampoco se afirma que Estados Unidos tendrá un papel fundamental en el ideal de la quinta raza: ese destino sólo le pertenece al latino, por el hecho de aceptar su mestizaje:

[...] quiero señalar el hecho innegable de que la civilización norteamericana es una civilización de una raza, una civilización de raza blanca como insisten en ustedes mismos llamarse, incluso excluyendo a otros blancos, como por ejemplo, los españoles. Una civilización blanca que puede contener, y contiene, millones de otras estirpes raciales tales como los negros, pero no considera a tal estirpe disímil como parte de sí misma, y por regla general no practica el matrimonio con la raza negra. (117)

En esta cita puede observarse el carácter de la raza blanca, que no permite la mezcla. En cambio en Latinoamérica, el indio, mediante el bautizo, se equipara al conquistador, permitiéndole casarse con él (118): “de esta manera, el mestizo no puede remontarse por entero a sus padres, ya que no es exactamente como ninguno de sus ancestros, y al ser incapaz de vincularse plenamente con el pasado [...] está siempre

dirigido al futuro, es un puente hacia el porvenir” (120). Por su parte, los americanos anglosajones asimilaron los ideales de los ingleses y, al hacerlo, quisieron sesgar el mestizaje, propagando una idea de la raza blanca pura; sin embargo, de acuerdo con el autor de *La raza cósmica*, tendrán que deponer su orgullo, al darse cuenta de que en el suelo de Latinoamérica se llevará a cabo la misión de un nuevo tipo humano. Entonces, se confundirán con todas las demás razas; no habrá distinciones, por lo que el sajón será uno más entre otros tantos que ayudarán a la conformación de una humanidad universal.

Para Vasconcelos, ni Estados Unidos ni Canadá formarán la quinta raza, es decir, no son parte del producto final; en la máxima que encumbra no tienen cabida las nacionalidades, pues para él, el concepto de *raza* es una aventura que tiende a desligar a los hombres de sus propios orígenes, para la mezcla, que se dará por el instinto de lo bello, y al hacerlo se llegará a la universalidad, en la cual ya no existirán los límites morales o sociales entre unos y otros, y se compartirá una sola visión de mundo.

Por supuesto, estos países no serán parte del destino final de la humanidad vislumbrado por Vasconcelos, porque no han sabido asimilar otras culturas, sin embargo, el autor los hace partícipes al considerarlos forjadores del proceso. De ellos rescata la democracia como la única forma de gobierno posible, que debe ser “imitada” por América Latina, cuyo gran lastre son las dictaduras.

Los anglosajones han mecanizado el mundo para que los latinos puedan emprender su tarea, han sentado las bases que les serán de utilidad; ésa es su misión, una vez que la cumplan deberán adecuarse a las nuevas condiciones, es decir, deberán fusionarse con los otros pueblos o desaparecer.

En las tres conferencias se percibe a un José Vasconcelos comprometido con el ideal que postulaba un año antes. En su primera disertación: “Similitud y contraste”, compara el progreso de Estados Unidos y Canadá con regiones latinas como Brasil y Argentina; esto sirve para enfatizar que tanto anglosajones como latinoamericanos pueden alcanzar un progreso asombroso, creando —en palabras del filósofo— “la maravilla del Nuevo Mundo” (41).

Aquí también se vislumbra cierta esperanza en Vasconcelos, cuando logra mirar el principio del progreso que encamina a las regiones latinas hacia el porvenir, pero también se percibe la conciencia del porqué del retraso latino. En primer lugar, reconoce el fracaso del sistema español en América Latina, sin dejar de argumentar que dicho fracaso se debió en gran medida al hecho de que ellos se enfrentaron a ciertas dificultades (las zonas geográficas, por ejemplo) que los colonizadores ingleses nunca tuvieron.

Para Vasconcelos, las razas anglosajona y latinoamericana representan dos formas distintas de interpretar la vida; cada una tiene su visión de mundo y un factor espiritual que las ha llevado a desarrollarse de manera independiente; mientras la primera crece aceleradamente por la “similitud de razas” (17), la otra se encuentra “luchando de acuerdo a una suerte de ritmo variado de cambios y contrastes raciales” (71).

En “La democracia de América Latina”, el autor retoma la idea de rescatar de los pueblos anglosajones la democracia como forma de gobierno, pues observa que Latinoamérica está impedida por las dictaduras, porque éstas —en palabras del filósofo— son gobiernos de un solo hombre, y esto lleva al despotismo. Por ello, en el seno de los países latinos se erigen luchas revolucionarias, que si bien retrasan su desarrollo, les permiten defenderse frente al caudillismo, ya que “las naciones latinoamericanas llevan grabado en el alma un juramento de fidelidad hacia el ideal democrático de libertad e igualdad, el cual es la única base de toda forma civilizada de contrato social” (84).

De acuerdo con Vasconcelos, el caudillismo devasta a los latinoamericanos, pues, al disfrazarse de una república, los derechos humanos son suspendidos, no existe libertad de expresión y, como consecuencia, se da la esclavitud. Es la dictadura una forma de ambición y de vanidad personal. Vasconcelos argumenta que los tiempos modernos critican la democracia porque “se encuentra desprotegida en las manos de un capitalismo demasiado ambicioso” (99), sin embargo, afirma que, mientras no se logre un gobierno democrático, será imposible corregir sus defectos.

En la última disertación, “El problema racial en Latinoamérica”, el autor explica por qué los españoles permitieron mezclarse con los indios, y enfatiza el hecho de que los ingleses no lo hicieron. Cuando señala la idea de que los indios del Perú o de México representan un tipo de civilización, es cuando se asume la superioridad latina frente a los anglosajones, pues esta raza no estaba destinada al mestizaje:

Me gustaría llamar la atención sobre el hecho de que los indios de México, al igual que los indios de Perú, representan cierto tipo de civilización y consecuentemente no podían equipararse con los indios de Norteamérica, simples tribus de nativos, tribus errantes de cazadores, y quizá esto en sí mismo explique por qué los españoles tuvieron que mezclarse con los indios, mientras que los ingleses no se mezclaron sino que tan sólo obligaron al indio a retirarse. (116)

En el encuentro de dos razas, ambas asimilan rasgos de la otra. En el caso de México, una raza (la española) controló y la otra (la indígena) fue sometida, pero

las dos coexistieron. Mientras que en Estados Unidos sólo predominó una raza, y, por eso, no hay una condición de mestizaje.

De acuerdo con Vasconcelos, el mestizo es el elemento que predomina en el continente americano; por ello, la raza latina es la adecuada para emprender la aventura de producir una civilización con tendencias más universales que cualquier otra (131). También señala las fallas de los latinoamericanos, quienes, en su opinión, no saben qué quieren; problema que resolverán en la medida en que definan una cultura y principios propios.

Casi al final de este tercer apartado se puede observar una invitación del autor a los estadounidenses:

En lugar del estilo competitivo de vida promovido por los defensores de una civilización de raza pura y por los imperialistas y los conquistadores, tenemos que adoptar, entonces, la manera cooperativa, colaborativa, de organización interracial; en lugar de la lucha por la vida y la sobrevivencia del más fuerte, una colaboración de todos los esfuerzos humanos para la reproducción de una variedad en cualidad. (141)

Con estas conferencias, José Vasconcelos lleva una parte de la historia latinoamericana a Estados Unidos, mostrando a los anglosajones el futuro que soñaba para su raza, el cual no ha podido concretarse. En la década de 1920, cuando el filósofo elevó a la raza latina por sobre las demás, él era un pensador, educador y político encumbrado. Sin embargo, cuando en 1929 perdió las elecciones presidenciales de México, el apologista del mestizo y del latino mostró la otra cara de esa raza cósmica: ya no la defendía sino que le achacaba todos sus males.

Quizá Vasconcelos nunca fue consciente de que el mestizaje no es una bendición, sino todo lo contrario: impide el progreso en América Latina. La condición del latino de no ser ni indígena ni español no lo determina a aceptar otras razas. De acuerdo con el autor, la ausencia de pasado nos hace mirar hacia el porvenir, pero tal vez esa carencia es lo que nos orilla a detenernos.

La obra traducida por Yépez resulta imprescindible, cuando se trata de rastrear la obra vasconcelista, pues ésta se encuentra dispersa. Las conferencias en la Universidad de Chicago no muestran a un Vasconcelos distinto del que, un año antes, propuso el ideal de la raza cósmica; no hay contradicción ni variedad en su discurso, sino que éste refuerza lo ya postulado y completa el panorama del mestizaje, así como la débil presencia de la raza blanca en su nueva promesa de humanidad.

De acuerdo con el filósofo, latinos y anglosajones crearon en el continente americano un desarrollo admirable de poblaciones y ciudades; sin embargo, al final no habrá síntesis de estas dos razas, pues su discurso sólo da pauta para sostener a latinoamericanos por encima de anglosajones; estos últimos tienen la misión de construir, a partir de su genio, las bases de una nueva humanidad, pero la resolución para empezarla está en los pueblos latinos; en ellos podrá establecerse el nuevo tipo humano, que tomará como elemento ponderante el mestizaje.

El autor de las disertaciones de Chicago nunca mostró empatía hacia Estados Unidos, por el hecho de que esta nación era el imperio naciente en esa época, así como la que dominaba a los otros pueblos. Esta mentalidad rompe con la postura vasconcelista de igualdad entre todos los hombres: ¿cómo puede entrar una nación que intenta dominar a las otras razas en un futuro donde todos serán iguales? Por eso, Vasconcelos propone a los anglosajones cambiar su visión frente a las otras razas, al hacerlo formarán parte del ideal; de lo contrario, no tendrán cabida y sólo cumplirán la misión de sentar algunos principios para la construcción de la nueva raza, y luego simplemente terminará su imperio.

El ideal de la raza cósmica sólo se ha quedado en el papel. Fueron ideas que el escritor mexicano, apoyado por su época, pudo sostener. Sin embargo, las circunstancias sociales cambian, y las ideas cristalizadas en un texto se fijan de tal suerte que no pueden seguir esos cambios. El pensador de ideales sólo puede sostenerlos en un determinado momento; a pesar de esto, jamás tendrán incidencia directa en el mundo que los ve nacer. Quizá por esto el Vasconcelos visionario, centrado en tratar de que su pensamiento tenga acción social, no se dio cuenta de que las transformaciones sociales están un paso delante de su raza cósmica.

MIRIAM SILES VARGAS*

Tesista

Universidad Autónoma del Estado de México

D. R. © Miriam Siles Vargas, México, D. F., enero-junio, 2015.



* minisiles@yahoo.com.mx